

te discurso, que yo sea librepensador? ¡Quién después de la silba de referencia, que Cánovas del Castillo pueda alzar el gallo más que entre la taifa de conservadores, tan necesitados de destinos, que si la régia prerrogativa tarda seis meses más en ejecutarse, tendrán que llevar á empeñar al Monte lo último que un conservador empeña, que son los diamantes de la señora, de quien ya Villamediana, que era de la partida dijo:

«Diamantes que fueron antes,  
de amantes de su mujer?»

Nadie que tenga vergüenza y sentido común, que lo que le falta precisamente á los deslenguados que se han atrevido á insultar groseramente desde Madrid á los baturros zaragozanos. ¡Ah! ya se guardarían ellos de repetir esos insultos entre los grupos de manta al cuello y alpargata al pie del arco de Cinegio, donde hay una escuela al aire libre y gratuita de honradez y de valor, en que tendrían mucho que aprender esos señoritos de nómina y esos gorriones de salón que constituyen la crema de la partida.

#### CXXXII

Los anteriores disparates fueron dichos, como advierte muy discretamente el profeta, en los malaventurados tiempos del rey Ozías. Ahora nos toca examinar otros disparates, dichos y hechos en tiempo del rey Achaz, un tunantón coronado que, cuando subía á la terraza de su casa de Jerusalem, veía su reino entero, compuesto solamente de las tribus de Judá y Benjamín, enfrente de las otras diez, aliadas por añadidura con los sirios para meter en cintura al dicho rey Achaz.

A quien mandó Dios á Isaias fuese á encontrar, acompañado de un hijo talludito que el profeta tenía, llamado Jasab, para que dijese al rey no se le encogiera el ombligo delante de tales

enemigos como se le venían encima, pues Jehová había determinado que por entonces siguiera Achaz burlándose y haciendo maldades con sus súbditos.

Parece que Achaz hizo muy poco caso de las profecías de Isaias, lo cual puso á éste tan exaltado, que repleto de viento adivinatorio, para probar que Achaz vencería al hijo de Romelia, pronunció las siguientes descomunales palabras:

*Por eso* (quiere decir, porque á mi no me hacéis caso), *el mismo Señor os dará una señal. HE AQUÍ QUE CONCEBIRÁ UNA VIRGEN, Y PARIRÁ UN HIJO, Y SERÁ LLAMADO SU NOMBRE EN MANUEL.*

Este Manolo aquí tan sin ton ni son profetizando, ha sido, es, y será todavía por algún tiempo, la causa de las más tremendas camorras que en el mundo se han armado, y el pretexto de las mayores supercherías que se han visto en el mundo. ¡Qué de líos y jaranas sobre si vino ó si ha de venir! ¡Sobre si la Virgen quedó doncella después del parto! ¡Sobre si la virginidad retrospectiva alcanza ó no alcanza á la abuela de Manolito! ¡Sobre el papel de estraza del pobre marido de la elegida en este negocio, de suyo oscuro y embrollado!

No me calentará yo la cabeza en anotar las mil y una disparatadas interpretaciones que se han dado á este pasaje: allá los fabricantes de dioses se las arreglen para averiguar cuál de ellos tuvo el capricho de nacer hombre, y, pudiendo hacerlo ya con toda la dentadura completa, se resignó á sufrir las molestias de la dentición y correr los riesgos del sarampión, las paperas, quebraduras, viruelas, alfombrilla y demás pijoterías que afligen la infancia; pero ya que estoy con las manos en la masa profética, quiero advertir á esos pedantes de la teología, que tantas vueltas dan á estas palabras en beneficio de embolismos, que aunque toda la reve-

lación no monta dos pitoches ante la ciencia y buen sentido, el concebir la Virgen lo explica cumplidamente, en cuanto los disparates pueden ser explicados, el propio Isaías.

Véase cómo:

Después de anunciar el estupendo parto de la Virgen, el profeta alimenta al chico con miel y manteca y dice terminantemente:

«Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra que tú desastada será desamparada de la presencia de sus dos reyes.»

Estas palabras, clara y terminantemente, son dirigidas á Achaz; las dos tierras que odia son Siria y Samaria; los dos reyes que desaparecerán son Racín y Facee; todo esto debe suceder antes que el hijo de la Virgen tenga siete años ó uso de razón.

Pues bien: en el capítulo siguiente, versículo III, Isaías dice:

«Y me acerqué á la profetisa y concibió y parió un hijo... Porque antes que el niño sepa llamar á su padre y á su madre, será quitada la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de los Asirios.»

La profetisa de este versículo, á que se acerca Isaías, y concibe á su contacto, y pare un hijo... ¿quién será el cabeza de bolonio que no entiende que es la Virgen del versículo anterior?—Porque es de saber que el rey de los Asirios viene á cumplir á su tiempo la profecía, arruinando á Samaria y tomando á Damasco, capital de Siria, llevándose á la gente prisionera en el año cuarto del reinado de Achaz, cuando al hijo de Isaías y de la Virgen profetisa le estaban cuajando los cordales.

¡La criatura tenía entonces quince meses!

No quiere decir todo esto, que tiene vislumbres de racionalidad, puesto que no es totalmente imposible que un hombre del genio de Isaías

vea venir el nublado de una invasión sobre un pueblo y le anuncie; no quiere decir todo esto que al lado de este chico de la profetisa viergen, no ande el otro de los embolismos. No había hombre en Israel que no supiera desde que mudaba la dentadura que había de venir á sacarle de trampas y de apuros un Mesías. Aun los judíos, desde el más sabio al más ignorante, desde el más pobre al más rico, le está esperando.

Haciéndose eco de esta leyenda, ó si se quiere de esta ilusión, ó si parece mejor de esta esperanza de buena suerte, que constituía el más firme lazo de unión entre las tribus israelitas, Isaías poetiza en su libro el suceso futuro, pintándole como presente en el siguiente versículo, más claro y preciso que el otro:

*Por cuanto ha nacido un chiquito* (no es el Chiquito de Eibar, sino el chiquito de Belén) «para nosotros, y un hijo se ha dado á nosotros, y el principado ha sido puesto sobre su hombro, y será llamado su nombre Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de Paz.»

Aunque ya no se llama Manolito, este niño es el verdadero niño de la bola, que para irrisión de los judíos que le esperan, los cristianos hicieron nacer hace diez y nueve siglos, pero en condiciones tan distintas de aquellas con que aquí le anuncia Isaías, que si alzara la cabeza el buen profeta, se moriría de vergüenza viendo á lo que había quedado reducido su Emmanuel.

El principado que grava sobre su hombro en la profecía, se convierte en la realidad de un modestísimo taller de carpintería por palacio, en una caña por cetro y una punzadora rama de espino por corona.

Sus pomposos nombres de Admirable, Fuerte, Dios, Padre y Príncipe, se truecan en el plebeyo nombre de Jesús, que el tiempo y las desgracias

han traído á estar siempre revuelto con los es-  
tornudos.

Y con ser tan grandes, no son estos los úni-  
cos desencantos. Dice Isaías de su Mesías que:

*Se extenderá su imperio* (ni un reino tamaño  
como una lenteja pudo en su vida constituir Je-  
sucristo) *y la paz no tendrá fin* (lo que no han  
tenido fin todavía son las guerras); *se sentará  
sobre el solio de David* (el buen hombre se con-  
tentó con sentarse en un mal banco de cualquie-  
ra porteria) *y sobre su reino* (ustedes saben,  
caballeros, dónde cae ese reino de David): «pa-  
»ra afianzarlo y consolidarlo en juicio y en jus-  
»ticia, desde ahora y para siempre.»

La prueba de que esta profecía se ha cumplido  
acaba de traerla del interior del Africa el famo-  
so Stanly, que en su último viaje de exploración  
al interior de aquel continente, ha descubierto  
el incabable Imperio de David y determinado  
sus límites, que son: al Norte, el país de los li-  
las, al Este la República de los papanatas, al  
Sur la tierra de los tontos y al Oeste los Estados  
de los Papas ó de las papas, que tanto monta  
una cosa como otra.

Los judíos, á pesar de este hecho inconcuso  
de última hora, erre que erre en su obstinada  
incredulidad, dicen que el Mesías no ha venido,  
y le esperan... Por ellos se dijo sin duda que el  
que espera desespera. Por sí ó por no, yo me  
permiso aconsejarles que esperen sentados.

Y, no lo digo por ser cristiano, no; sino por-  
que las profecías, todo hombre escamón debe  
esperarlas lo más cómodamente que le sea posi-  
ble.

Y en punto á escamas, los judíos deben ser  
unas verdaderas merluzas; pues con tantos im-  
perios como les tiene Dios prometido, para siem-  
pre jamás amén, esta es la bendita hora que no  
dispone de una legua de terreno sobre que fun-  
dar un triste estadiño en honra y gloria del Me-

sías, que bien pudiera llamarse margraviato del  
Gran Camelo.

Anunciado ya el Mesías, que había de sacar á  
los judíos de trampas y trapisondas, para po-  
nerlos en la espetera del mundo como caldera  
reluciente, en que todos los hijos de Israel ha-  
bían de meter el cucharón y sacar de *bóbilis bó-  
bilis* su pitanza, Isaías se revuelve contra toda  
la canalla judicial y monárquica de su tiempo,  
así nacional como extranjera, y alzando el dedo  
en señal de amenaza, dice:

«Ay de los que establecen leyes injustas: y es-  
»cribiendo, escribieron injusticias: para oprimir  
»á los pobres en juicio, y hacer violencia á los  
»afligidos de mi pueblo: para hacer presa en las  
»viudas y saquear á los huérfanos.»

Palabras graves, que con otras que le siguen,  
tontas y majaderas, me proponía comentar; pero  
desisto de hacerlo, convencido de que no tienen  
más que este comentario: los pueblos ilustrados  
y fuertes, no toleran tiranos.

## CXXXIII

Genio y figura hasta la sepultura. Y como el  
genio del cristianismo y su índole é idiosincrasia  
es alborotador, regañón, lioso y pendenciero,  
¿podré extrañarme de que el simple anuncio, la  
mera profecía de que Cristo con el nombre de  
Manuel había de venir al mundo, escrita por  
Isaías y comentada por mí, me haya costado una  
denuncia, que trae aparejados sus seis años de  
presidio, con más las costas y jerigonzas del pro-  
ceso? No, vive Dios, no es de extrañar, máxime  
viviendo en estos tiempos miserables, en que  
cualquiera cosa que suceda, forzosamente la han  
de pagar los periodistas, única manera segura  
que tiene el Gobierno de desagaviar á la opi-  
nión cuando sucede un crimen y no parece el de-  
linciente, único medio de que dispone Sagasta  
para disculparse ante Cánovas de los silbidos

con que los fusionistas, y algún que otro guardia municipal de los adictos, mezclados á las turbas, hayan podido y debido obsequiarle.

Por fortuna estoy fabricado á prueba de denuncias, y tan acostumbrado á los juicios orales y á las declaraciones, notificaciones y demás pifoterías judiciales, que ya no me producen efecto. Me pasa lo que al público, cuando oye ó lee que una monarquía más ha caído, ó que una dinastía ha pasado al panteón de la historia. Nos contentamos con reir, siguiendo nuestro camino: los pueblos hacia la Republica, yo adelante con mis NOTAS.

En que me guardaré bien de ocuparme de la profecía que Isaías le endilga á los asirios y al rey Sennacherit, de quienes dice que, después de las atrocidades que habian de hacer en tierra de Israel, sirviendo á Jehová de palo y látigo para con su pueblo elegido, ellos mismos en su tierra habian de sufrir mil calamidades, hasta ser destruido el imperio. El palo y los apaleados, asirios y hebreos hace muchos siglos que son polvo, que el viento transporta de un lado á otro á su capricho por las llanuras y desiertos del Asia occidental. Si los átomos de aquel polvo tuvieran pensamiento para razonar y boca para reir; ¡qué no se reirían los unos de los otros y todos juntos de las profecias, y de los bobos que toman en serio lo que sólo puede pasar en broma!

Que es como debe tomarse lo siguiente, que es lo más profético de cuanto profetizó Isaías acerca de Manuel.

Atención.

«Y saldrá una vara de la raíz de Jessé, y de su raíz subirá una flor.»

Si Jessé fuese un alcornoque, nada de particular habría en ello; pero si Jessé es un hombre, ¿cómo diablos de la raíz de un hombre puede salir una vara ó estaca, y además brotar en ella una flor? Esto tiene mucho intringulis metafóri-

co, y conviene dejarlo en metáfora. Hay cosas que tocándolas se deshacen en risa, y por ahora no debemos reirnos.

Vamos adelante con la profecía.

«Y reposará sobre él el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad.»

Vemos que *ella*, la flor de la vara, por arte de encantamiento, se ha convertido en *él*, que no sabemos aún lo que sea, aunque parece una cama de matrimonio, donde reposan muchos chiquillos, hijos del señor de la casa, que se llaman espíritus.

Continuemos.

«Y le llenará el espíritu del temor del Señor: no juzgará según vista de ojos, ni arguirá por oída de orejas.»

La flor transformada en *é*, aparece ahora cosa llena, que no ve ni oye, pero arguye; de donde debe deducirse que se trata de un hombre. Aceptado así, veamos lo que este hombre hará.

«Sino que juzgará á los pobres con justicia, y reprenderá con equidad en defensa de los mansos de la tierra: y herirá á la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impio. Y la justicia será cingulo de sus lomos, y la fe ceñidor de sus riñones.»

Por el retrato, este varón ha de ser el Mesías. Toda la cuestión es si vino ó ha de venir, que es lo que disputan judíos y cristianos. Falle el pleito el lector por si mismo, y para hacerlo en conciencia, allá van las señales fijadas de lo que debe acontecer cuando el suceso tenga lugar. Oído, mucho oído, señores jurados.

«Habitará el lobo con el cordero: y el pardo se pechará con el cabrito: el becerro, el león y la oveja andarán juntos, y un niño pequeño los conducirá. El becerro y el oso serán apacentados juntos: y sus crías juntamente descansarán:

»y el león comerá paja como el buey. Y el niño  
»de teta se divertirá sobre la cueva del áspid, y  
»el destetado meterá su mano en la caverna del  
»basilisco.»

Cosas todas que se vieron, oyeron y entendieron, según los cristianos que defendieron el cumplimiento de las profecias, durante una cuarta parte del siglo de Augusto y Tiberio, mientras fueron emperadores en Roma el mismo Augusto y Tiberio, y reyes de Judá los Herodianos; pero de las cuales no se enteraron las gentes, lo que fué una desgracia muy grande, pues sin duda se hubieran divertido mucho viendo á un chicuelo conducir al monte un pacifico rebaño de becerros, leones y ovejas, y más todavía viendo al carnicero león comer paja como un asno.

Por pura curiosidad y erudicción, voy á seguir copiando á Isaias, para que el discreto lector sepa al menudeo lo que, además del congreso de los animales, sucederá el día de la venida del Mesias que anuncia el gran profeta judío; y es lo siguiente:

Sigo, suplicando la más viva atención. «Y será  
»en aquel día: extenderá el Señor su mano se-  
»gunda vez para poseer el resto de su pueblo,  
»que quedará de los Asirios y de Egipto, y de  
»Fetros, y de Etiopia, y de Elam, y de Sennaar,  
»y de Emath, y de las islas del mar.»

«Y alzaré bandera á las naciones, y congregaré á los fugitivos de Israel, y recogerá los  
»dispersos de Judá de las cuatro plagas de la  
»tierra.»

Esto es más claro que la luz del día. Sin embargo, lo han puesto los comentaristas tan turbio, que me libraré yo, como del fuego, en tocarlo. ¿Para qué? Aquel á quien su razón natural no convenza, ni persuadan estas propias palabras de Isaias, que dice lo que ha de suceder el día en que el Mesias aparezca, ha nacido para católico, y esto es enfermedad incurable, como

que tiene asiento en la masa de la sangre.

Hasta tal punto lleva Isaias su buena fe profética, que no contento con anunciar el Mesias, y decir lo que sucederá el día de su venida desde la mañana á la tarde, se propasa y adelanta á componer el cántico de alabanza y gracias que debieran cantarle los judios, que recogidos de las cuatro partes, ó plagas que él dice, de la tierra, han de ser por él devueltos á la patria y puestos en la espetera de la riqueza y de la gloria.

Suprimo este cántico, porque en sí mismo vale muy poca cosa, y además porque ninguno se ha de ver en nuestros días en la necesidad de cantarle. ¡Para Mesias están los tiempos que corremos! A uno que en Italia, no hace muchos años se echó al monte á calaverrear mesiánicamente, le cazaron los *bersaglieri* como se caza á un rapos, y si no estoy equivocado hacia el infeliz el número 129 de los que, por meterse á redentores los han crucificado, ahorcado ó fusilado, según la moda patibularia de los diferentes tiempos en que se pusieron á zascandilear.

## CXXXIV

Aún me tiemblan las carnes, lector querido; aún oigo que me castañetean los pocos dientes que tengo; todavía siento el repeluzno del calor frío subirme de los lomos á los hombros y desparramárseme por el cogote. ¡Y yo que me creía curado de espantos! ¡Y yo que me la tiraba de valiente por no temer á la cárcel, que es lo que suele encoger el ombligo á los más bragados!

Pero me explicaré, y si no disculpas mi colmenería, será que no tengas entrañas, ó que serán éstas de bronce ó peña.

Figúrate una amplia sala, ricamente amueblada y decorada, y en ella sentados tres caballeros con toga y birrete, serios, entonados y mudos, ante los cuales me conducen para ser juzgado como hereje relapso y excomulgado comen-

tarista de la *Santa Biblia*. Y, figúrate, á mano izquierda de estos tres señores, y de ellos poco distante, otro, también con toga y birrete, acometido de una tos pertinaz y perruna, que, entre golpe y golpe de tos, descarga sobre mí, como en desagravio de sus bronquios repletos de flema, no ya los golpes, sino los porrazos y mandobles de una elocuencia fulminea y re'ampagueante, aunque quizá demasiaro exornada del gargajeo de la tos, para endosarme, sobre los que ya tengo cargados en cuenta, seis años de presidio por el artículo en que comencé los comentarios del libro de *El Eclesiástico*, que escribió hace más de dos mil años Jesús, hijo de Sirach, judío alejandrino que, por hereje pasado causante de mi malandanza presente, Dios tenga confundido en los infiernos.

Todo marchaba en debida regla, incluso la tos del fiscal (porque ya comprenderás que el fiscal era el que tosía), cuando, aprovechando hábilmente dicho funcionario un brevisimo descanso de su laringe irritada, para formular el único argumento claro-oscuro de su peroración, le oigo que dice:

«...porque el asesino se explica, puesto que al asesinar satisface su venganza, aunque la venganza no sea plausible; el ladrón goza con el producto de su robo (aquí el fiscal, para disimular un golpe de la tos y dar á entender más claramente su pensamiento, avanza el brazo derecho sobre el Código que tiene en la mesa, y hace con la mano el ademán del que cuenta dinero); el que comete otros delitos saca de ellos alguna satisfacción; pero el acusado (aquí me mira y es cuando experimento el repeluzno y el temblor y el castañeteo), al cometer este delito, no puede compararse con ellos... alarde de impiedad... (aquí se embrolla, ó al menos yo no le entiendo, y vuelve la tos.)

Es decir, que yo, en sentir del fiscal, soy peor

que un asesino, y que un ladrón, y que un violador de doncellas, y que un rata, puesto que estos señores industriales del crimen gozan con sus fechorias, y yo no gozo con mis NOTAS.

¡Y yo, que me tengo reido tanto al escribirlas! ¡Y yo, que tengo recibidas tantas cartas en que otros me manifiestan que también se ríen leyéndolas! ¡Y el fiscal que me las denuncia por escarnio á la religión!

Es todo lo que me quedaba que oír á un fiscal, á quien perdono librepensadoramente sus palabras enojosas, y á quien enviaria, si me hallare en disposición de ir á recogerlas, un puñadito de flores de malva, que es lo que creo le hace más falta, por ahora, á sus bronquios á su elocuencia.

¡Y adelante con los faroles, que á cada cerdo le llega su San Martín! ¡Le llegó al monstruo, para que no llegue á los ratoncillos de la curia!

Volviendo al profeta Isaías, le encuentro donde le dejé, quiero decir, anunciando á voces la ruina de Babilonia, con una elocuencia no salpicada de toses, remendada y zurcida como la antedicha, sino limpia, resonante y grandiosa; y como, en efecto, Babilonia cayó y desapareció de entre las ciudades, importa un bledo averiguar si esto pasó porque lo profetizó Isaías, ó lo profetizó Isaías, porque, en efecto, sucedió. Además, ¿quién diablos me prestaría auténticos documentos para averiguar estas cosas?

¿Ni quién me los prestará para poner en claro, si profetizó Isaías la vuelta de los judíos del cautiverio de Babilonia, antes ó después que Ciro le diese suelta á estos infelices?—Que volvieron no es dudoso; ni tampoco que Ciro por razones naturales y muy políticas además les permitió la reconstrucción del templo; lo dudoso es siempre lo teológico que se mezcla á todos los negocios de los hebreos.

Después de anunciar la calda del imperio ba-

bilónico. Isaías anuncia la caída del imperio asirio, y anuncia la derrota de los filisteos por el rey judío Ezequías, y anuncia calamidades y desgracias á los moabitas, y profetiza la ruina de Damasco, y en fin, puesto á declarar desastres, la toma hasta con una nación desconocida y sin nombre, sobre la cual llueven grajos para comerse los cuerpos destrozados de sus habitantes.

En suma, que en sus ratos de mal humor, Isaías se desahogaba escribiendo que no había de quedar en el mundo titere con cabeza, como en efecto sucedió, pues como dijo nuestro gran poeta de los romanos

... césares murieron

y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Y, si en este estado quedaron los romanos, ¿qué sería de los que antes que ellos cobraron el barato en el mundo?

Hay un refrán que dice, piensa mal y acertarás; debía á su lado ponerse este otro: anuncia calamidades, y á la corta ó á la larga pasarás por profeta. Por eso no dudo yo un sólo instante que acierto cuando pregonó á todos los vientos la ruina de todos los tronos, pues más ó menos tarde, acometidos de la polilla se desharán en polvo, ó irán á parar á una prendería republicana. Todo es cuestión de tiempo: el que cuenta con él puede reirse de todo el mundo, y con el tiempo sólo cuentan los pueblos, que son inmortales, en cuanto es humana la inmortalidad, y por eso se rien tan á sus anchas de los petulantes de todos géneros, que alzándose soberbios, se atreven á extender las manos para contener su marcha, gritando *atrás* á la libertad y *para* te al progreso.

¿Dónde estáis, vosotros, Velasco, el que cortastes la cabeza á Padilla; Ronquillo, el que incendiastes á Medina y ahorcastes á Acuña en Simancas? Como los muertos, sois polvo los ma-

tadores. Pero la idea que creísteis matar, aquí está triunfante, riéndose de vuestras miserias y escupiendo en vuestras cenizas.

Y tú, María Antonieta de Austria, la que escarnecías al pueblo francés desde lo alto de tu trono, ¿puedes decirme por dónde andan los huesos de tu cabeza, que tiró al saco de serrín riéndose Sansón? Si resucitaras, volverías á burlarte de los pequeños y á despreciar la libertad?

Pero... ¿á qué me meto en filosofías? En un país como España, y en unos tiempos como estos tiempos fusionistas, en que los que se hartaron de gritar ¡Viva la República! destierran ahora al que lo dice, no se debe filosofar, sino reir, mientras llega el día de hacer llorar lágrimas amargas á los sargentos custodios de los arcángeles que hace treinta siglos andaban en ropas mínimas trayendo y llevando del cielo al suelo y viceversa recaditos, como correos de gabinete que eran del gran *Iova*.

Riamos, sí. ¿Merecen otra cosa esas toses perfunas que deslustran una elocuencia de becerro mate? ¿Podemos pasar en serio que Venancio González ande haciendo de sociólogo, en compañía de Navarro Rodrigo, discursando acerca del voto cualitativo y otras bobaliconerías del propio grueso calibre? ¿Habrá quien no suelte el trapo cuando sepa que Comelerancete, un quidam de cate tratique de latinajeria, está expuesto á ser nombrado académico en oposición sacristanesca del ilustre autor de *Gloria*? Riamos, sí, y como nuestros antepasados decían: ¿Quién manda?—Tello.—Pues así anda ello; digamos nosotros: ¿Quién manda?—Sagasta.—Pues eso basta... para que á costa de España sería el universo.

## CXXXV

## EPISODIO CARCELARIO

1. Carga de Ríofranco: Aullad, dogos del

presbiteriado; rebuznad, asnos de la clerecía; acocead, mulos y burdéganos del mesticerismo.

2. No faltará quien oiga vuestras voces ni quien vuestras ceces reciba. Más pequeño que vosotros fué Gedeón, y el Altísimo en persona le remojó los vellones.

3. Porque inventado será en lo postrero de los tiempos teológicos, al centro del morro de Europa, un órgano con su correspondiente fuelle, en que manos impías tocarán el *Acabose* de las religiones y el *Requiescan in pace* de las monarquías, en aires de jota y de fandango respectivamente. Y allí será el bailar de Pedro el Ermitaño, aldas en cinta, con la beata María de Alacoque.

4. Y de Lot con sus dos hijas, que le hacen abuelo, después de hacerle borracho, y de Jacob con Lía la pitarrosa, y de Rubén el patriarca con la concubina de su padre, la señora Bilah, y del casto Josef con la incauta señora de Putifar; y del sol con la luna al son del pandero de Josué; y de los hijos del Zebedeo con las Once mil Virgenes; y del papa Borgia con su señora hija Lucrecia; y del severo Cató con su digna esposa, la buena Marcia, á quien regala ó empeña, ó presta á su amigo Hortensio, recobrándola después que este caballero se muere; y de Constantino, el padrino del catolicismo, con su esposa Fausta; y de San Pedro Arbués, inquisidor, con Doña Isabel la Católica, madre de la Inquisición; y de otros muchos y muchas caballeros y señoras de alto nombre y bajos fechos que fuera prolijo enumerar, pues abundan en la *Biblia* ó historias concomitantes como la arena en las playas del mar, ó como los milagros en el santoral, ó como las pulgas en camisa de beata.

5. Y la gente reirá al ver los bailes; y temblarán las capillas de ánima perpetua sobre sus cimientos de ladrillo recocho; y pondrán los sacristanes una geta de á palmo; y habrá Pericos,

obispos y todo, que serán atacados de retención de orina á causa de las risas; y todo andará manga por hombro en la casa de Dios, hasta el punto de entrar cualquiera en la Academia y salir alguno de estampía.

6. Y los contribuyentes, alzándose como las olas del mar embravecido, alargarán la mano al libro del presupuesto, y arrancando de él las hojas de los 42 millones de pesetas del culto y clero intentarán arrojarlos al fuego, guardándose en los bolsos los teológicos monises.

7. Pero Jehová, en las alturas, silbará á Cánovas como cualquier estudiante, y acudirá Pidal como una mosca, y vendrá Villaverde como un moscón, y se presentará Silvela como un mosquito.

8. Y picando, zumbando y abejeorreando entontecerán á Sagasta, catequizarán á Moret y amilanarán á Martos, de los cuales Castelar dirá con mucha razón: ¡Están locos! ¡están locos! Como la tienen ellos cuando de él dicen: ¡Embolado! ¡embolado!—Y nadie se entenderá, y nadie querrá entenderse, y será aquello un campo de Agramante, y cada cual hará de su capa un sayo, y á río revuelto...

9. Cada sesión de la diputación provincial será un escándalo y tres diputaditos de la última hornada se irán á Barcelona con 25 duretes de subvención, mientras los hospicianos de Madrid andan en mangas de camisa por sobra de chaquetas.

10. Cada proyecto será un gazapo y Cassola se las echará de grande hombre en ciernes, mientras López Domínguez pide una escoba boullangerista para barrer el Congreso.

11. Abascal, en tanto, después de ocho siglos de andar al aire libre la Virgen de la Almudena, recogerá á esta buena señora y la pondrá de pupila en una iglesia, á cargo de un sacristán que con buenos zorros la limpie el polvo

que en la Cuesta de la Vega, haya podido recoger.

12. Aquella será la señal visible á todos los mortales. Entonces la justicia histórica, Código en ristre, caerá sobre el órgano impío y á golpe y porrazo hará cesar los bailes, acabará con las jotas, pondrá fin á los fandangos antiteológicos.

13. Como afligió el Señor á Egipto, afligirán los fiscales de su majestad á *Las Dominicales*. Su director será desterrado. Ríofranco, el burador descocado, será llevado al tribunal por un artículo de sus NOTAS, y condenado será, sobre los que ya lleva á cuestras, á seis años de presidio. El mismo Ríofranco, por ofensas á dos de los tres Benitos que en el empuje asisten al Altísimo, será otra vez llevado al tribunal y allí se le pedirá otra media docena de años de correccional. El Sacristán Jubilado, otro que tal, habrá de asistir á juicio y oirá cómo por otros seis años deberá estar á la sombra de una cárcel, y otro artículo de Ríofranco será denunciado.

14. Y Todo esto acontecerá en el espacio de un mes, para que la mano de Dios se vea patente con sus cinco dedos y oprima con tal fuerza al periódico nefando que le haga reventar como un triquitraque. Entonces será el reír y cantar y tirar las patas por el aire de todos los dogos presbiteriado, y de todos los asnos de la clerecía, y de todos los mulos del mesticerismo.

Convengo contigo, lector discreto, en que esto no lo profetizó Isaías; pero convén tú conmigo en que fué un dolor grande que no lo profetizase, pues habiéndose realizado todo ello, punto por punto, en nuestros días, no hubiéramos tenido otro remedio, tú y yo, que decir de él que era el monstruo de la adivinación, como lo es Cánovas de la conservaduría silbable, y bajar humildemente la cabeza ante los perreros de la Santa Iglesia Catedral, por la parte que pueda coresponderles del Espíritu Santo, que el que

constituye á un hombre en profeta y hace de un cura el vicario del Cristo por mayoría de votos en un Cónclave.

Aunque te parezca mentira, es cierto, muy cierto, que en el breve espacio de un mes, bajo el mando de Poncio Sagasta, ese espíritu negro de la gloriosa revolución de Septiembre, ese masón averiado, ese antiborbónico pasado por agua, ese amigo de Castelar, han caído sobre *Las Dominicales* los pedruscos siguientes:

- 1.º Una denuncia.
- 2.º Una sentencia de dos años, cuatro meses y un día de destierro.
- 3.º Un juicio oral en que se piden seis años de presidio.
- 4.º Otro ídem, que se verificará el día 11, en que se piden otros ídem.
- 5.º Otro ídem, en que se reclaman otros ídem.

Si esto no prueba *urbi et orbis* que vivimos bajo el más liberal de los Gobiernos en la más liberal de las monarquías imaginables, venga nuestro estimado colega *El País*, á quien sucede poco más ó menos lo mismo y dígallo.

Pero si Poncio Sagasta, y los que á su sombra de tal manera nos acosan, han imaginado que ni con estas persecuciones, ni con otras mayores que inventasen me harán perder el buen humor. ¡chasco se llevan! Cuando no tuviera bien impresa y encuadernada mi *Bib ía*, para reirme á mis anchas de los personajes chicos y grandes que por ella desfilan en toda clase de trajes, incluso el baratísimo de la hoja de parra de nuestros progenitores paradisiacos, ahí están las Cortes, que se acaban de abrir, que no dejarán de suministrarme sainetes entre Cassola y Canalejas, Gamazo y Moret, Silvela y Romero Robledo, propios y adecuados para avivar el buen humor en estas noches de invierno, al tiempo que se aviva el fuego de la chimenea, y pre-

paradores obligados de un galop infernal con que se hará celeberrima la próxima primavera del año 1889, que no será de gracia para todos, sino de sustos y quebrantos para algunos.

Observo que me he metido á profeta, usurpando el puesto á Isaias. Es que todo se pega en este mundo, y que nadie escarmienta en cabeza ajena. Mas quede la cosa así. Después de todo, si sucede lo que vaticino, podré darme tono, y si no sucede, campana por gaita, seré un profeta como otro cualquiera de los antiguos, ó de esos modernos que en Londres anuncian todos los años el fin del mundo para el siguiente.

Porque, aunque el oficio de profeta anda tan por los suelos, como no cuesta nada de aprender, ni se paga por él contribución, ni exige tienda, todo el mundo le ejerce cuando y como se le antoja.

Las quiebras ciertamente se liquidan en risas; pero como medio mundo se ríe de la otra mitad, ¿á quién contendrán las burlas, cuando no me han contenido á mí las veras del Código penal, para decir aquello que honradamente opino de los profetas y de sus embolismos?

## CXXXVI

## SIGUE EL CHAPARRÓN

Cuentan de un perezoso legítimo, de la clase de pescadores, que cuando trataba de disculpar su vagancia durante la mayor parte de las semanas, que se pasaba de claro en turbio por las tabernas del muelle, solía decir, y no sin su pizquita de gracia:

Lunes, galvana; martes, tramontana; miércoles, mala gana; el jueves, descansar; viernes, vendaval; para un día que queda, ¿quién echa la barca al mar?

Cosa parecida podría decir yo, si quisiera justificar mi distracción de los comentarios á la

*Profecía de Isaias*, sin necesidad de acudir á las malas razones de la pereza, pues me bastaría apelar á las malas obras que conmigo ejecutan los fiscales de esta Exema. Audiencia territorial, que me traen como un zarandillo en continua peregrinación al exconvento de las Salesas, donde van dejando en el banquillo ominoso mis pantalones, por parte excusada de nombrar, la mayor parte del pelo que sacaron de Sabadell, suponiendo que fuera en Sabadell donde los tejieran.

Pues es de saber que, como tenia anunciado, el martes (¡martes habia de ser!) 11 (¡11! ¡mire usted qué número primo!), hube de acudir á responder de las historias de San Benito Biscop y de San Benitico, ni más ni menos que si yo las hubiera forjado, ó si yo á ellos los hubiera parido, ó cuando menos los hubiera canonizado, á título de vidriero al uno y de maestro de pontonería milagrera al otro. Y, á la robusta y bien entonada voz del portero mayor de la Sala correspondiente, que ha de ser la 4.<sup>a</sup> si mal no recuerdo, entré, me senté, contesté al señor presidente cuanto tuvo á bien de preguntarme sobre cómo me llamo y cuántos años tengo, y otras circunstancias de mi persona, no para dichas á todos y en todas partes, disponiéndome acto continuo á dormir hacia dentro, como acostumbra á hacerlo los señores magistrados, mientras hablase el fiscal; pues hombre ya ducho en estas cosas, sé bien que fiscal de cola y orador de punta, son cosas que no pueden concertarse en un solo y mismo abogado.

Pero mi buena fortuna y desesperada situación, dispusieron las cosas de más agradable manera; pues en vez de dormir aburrido, pude estudiar á mis anchas las fatigas y sudores, congojas y bascas que les cuesta á un hombre, ganarse en este bajo mundo los garbanzos y una poca tela de piel de rata con que hacerse una americanita de abrigo.

El que á mi me deparó delante mi buena estrella, dicen que se llama López, que es cosa mínima en cuestión de nombre. Ignoro si será de estos López ó de los otros; lo que parece averiguado es que procede de Granada, aunque maldita la gracia andaluza que trae, y es el mismo que días pasados tuve el honor de presentar á mis lectores tose que tose, sin poder arrancar la flema de sus bronquios ni el discurso de los atolladeros continuos en que le sumían las toses, y quizá también alguna constipación crónica de aquellos tubérculos cuadrigéminos, en que mi primer profesor de filosofía (un buen señor que aún ejerce de sabio por esos mundos católicos), enseñaba que habita, mora y se pasea el alma racional de los bípedos implumes. Mal, muy mal, lo hizo el día pasado al apretarle las circunstancias agravantes del Código penal del 70 á las revelaciones del judío alejandrino Jesús de Sirach; pero el martes, tratando de unciar al yugo carcelario con cuatro añetes de coyunda los dos santos Benitos que envidé por Abril en un resto de mi *Historia de la Corte Celestial*, estuvo todavía peor, aunque parezca imposible, puesto que suponerme á mí vengativo, ó lerdo para apreciar fiscales, cuando tantos me han llamado á mansalva cuanto les ha venido en ganas, sería un pueblo, que dice la gente del bronce.

Peor..., aún peor..., pues las toses del mes pasado, que al fin y á la postre son un achaque, cuando no un accidente, á que todo hablador se halla sometido, mayormente en Noviembre, fueron substituidas el martes por una infinidad de ¡jem!, ¡jem!, ¡jem!; ¡eh!, ¡eh!, ¡eh!, intercalados entre cada cuatro y á veces entre cada tres palabras de su discurso (¡perdona, oh lengua castellana, si abuso de tu diccionario llamando á aquello discurso! ¡De alguna manera he de nombrarlo!) acalabazado como ciertas cabezas de

yoco pelo rubión, con acompañamiento de gestos de cólera fulminante en defensa de los gloriosos santos católicos del Empíreo, aquí en España representados, con aprobación dogmática del concilio de Nicea, por figurillas ó figurones tallados en alguna raíz de ciruelo, que dijo el otro:

«Yo te conocí ciruelo...»

*Todas las aficiones se explican*, comenzó diciendo el Argos de la ley, y esto bastó para ahuyentarme el sueño, y esto hubiera sido suficiente para hacerme estallar en una carcajada, sin la compostura que el merecido respeto que al Tribunal que esto oyó como yo me imponía por el momento.

Porque á no dudarlo, tendría gracia, pero mucha gracia la explicación de algunas aficiones que yo me sé y me callo, imitando la discreción del fiscal fiscalizante, que se calló la acusación, limitándose á guasearse con *Las Dominicales*, agregando al juicio universal de que todas las aficiones se explican, esta apostilla limitativa y excepcional: *menos la afición de Las Dominicales á sentarse en ese banquillo*. (Aquí el fiscal, no con el índice, sino con un mohín de la cara toda, en que descuella formidable nariz, señala el banco en que el Ríofranco benitesco hallábase sentado.) (Y aquí yo, exclamé *in peccatore*: esto es lo que se llama salir tras de cornudo apaleado, como el marido del cuento.)

Porque induzco yo, que así en el orden del tiempo como en el de la razón, á la afición de *Las Dominicales* á sentarse en el banquillo de los acusados, ha debido preceder y ha precedido la afición de los fiscales á denunciarlas. Todo me lo perdonaría yo en este mundo, menos la afición á escuchar los ¡jem!, ¡jem!, ¡jem! del fiscal López y los ¡eh!, ¡eh!, ¡eh! del mismo, y á esperar vanamente media hora ver salir de este salpicón de interjecciones algo que se parezca á un argu-

mento, cosa que tenga vislumbres de razón, aparato siquiera de perorata que semeje una acusación fiscal. Sólo el temor de tener que sufrir sentido, sin posibilidad de echar á correr, la elocuencia fulminea y lopecera que el martes me apedreó los oídos, me hubiera curado desde el día en que pensaron en engendrarme de la afición á ser acusado en juicio en que ejerza de acusador quien en el teatro de la judicatura podrá brillar en todo, menos en papel en que haya que hablar concretamente, por lo cual ruego al alto Jehová, ó á cualquiera de los dioses que quiera escucharme, que intriguen porque al precitado López le hagan emperador de la China ó preste de las Indias, ó archimandrita, ó general de salón, cualquier cosa que á ellos se les antoje y á él le convenga, puesto que mal no le quiero; pero que le releve pronto de su fiscalía, que viene á ser su potro y el potro de la lengua castellana, que la pobrecilla no tiene culpa la hable cualquier español.

El oficio de fiscal no es ciertamente simpático; pero con todo y eso de acusar y rebuscar argumentos para fastidiar á un hombre, todavía le desempeñan con lucimiento y gallardía aquellas personas ilustradas que se han tomado el trabajo de estudiar lo que son los delitos, el sentido de las leyes, las tendencias de las costumbres y los movimientos de la opinión. Estas personas á que estamos acostumbrados los que tenemos el alto honor de sentarnos en el banquillo de los acusados en Madrid por delitos de opinión, honradamente expuesta con una pluma honrada, en un periódico honrado, se guardan muy bien de rebajar la función de acusador hasta ampararse de ella para denostar impunemente al acusado, porque tienen bastante caletre para comprender que si las leyes son duras, no deben convertirles en groseras, y si estrechas, no hacerlas raquíticas. Eso sólo lo hacen los ignorantones, que, habien-

do de salir del apuro de cualquiera manera, barbotean palabras en vez de argumentos, y salpican de toses é interjecciones lo que no aciertan á rellenar de razones sólidas, de gracias oportunas, ó de terribles y finas ironías.

No pertenece, á pesar de su salpicón de ¡jem!, ¡jem!, ¡jem!, ¡eh?, ¡eh?, ¡eh?, el fiscal López de mis *Dos Benitos del resto* á la segunda categoría de fiscales que he descrito; pero puedo jurar, sin temor al octavo mandamiento del barbudo Moisés, que tampoco pertenece á la primera, pues de pertenecer á ella, hubiéramos visto salir de su perorata el argumento de la acusación, que, en efecto, se quedó entre bastidores, ó sea entre pecho y espalda, lugar angosto y propenso á constipaciones.

En lo único que demostró ser tal fiscal, fué en pedir la agravación de la pena de cuatro años de presidio que parece me he ganado, con 2.000 pesetejas de multa que parece se le habían quedado á él olvidadas, cuando formuló la acusación.

Última hora. En nuevo juicio oral, celebrado hoy viernes, me han pedido, yo no sé cuántos años de presidio, por el artículo *Simbolo del Idiot smo*, porque ya oigo esto de los años como si oyera llover.

## CXXXVII]

La prueba evidente de que nadie en este pícaro mundo puede pasarse sin fe, sin novia y sin dineros, es que de novia, bien á tuertas bien á derechas, el que más y el que menos se provee, á excepción de cuatro mentecatos de místicos, que quizá se hacen el amor á sí mismos; de dineros, si faltan, cualquiera echa mano de siete millones de la Caja de Depósitos y se larga con ellos; y en punto á la fe, á pesar de tantísimos camelos como les lleva dados á los católicos, y á los judíos, y á los musulmanes, todavía ellos esperan en la misericordia infinita de sus dioses,